

**RITO ANTIGUO Y PRIMITIVO DE MEMPHIS-MISRAIM
SOBERANO SANTUARIO NACIONAL DEL BRASIL**



**El Verdadero Rostro de la
Francmasonería**

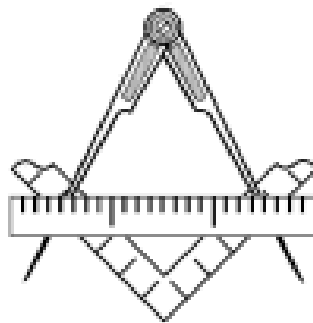
Constant Chevillon

www.upasika.com

Texto elaborado por el Hermano CONSTANT CHEVILLON y publicado, bajo la égida de una edición especial en el Boletín Interno N° 4 de la Gran Logia Simbólica de Francia del Rito de Memphis-Misraim.

A pesar de las condiciones particulares que rodeaban el motivo de su publicación, las palabras y el pensamiento expresados por el autor revelan no sólo un alto idealismo por la propuesta esencial de la Masonería Universal, sino también una gran lucidez acerca de la búsqueda humana por la iniciación. Aborda temas que no se pierden en las ideas, puesto que tocan la condición básica de cada ser, del masón en particular, en cuanto a experimentar en si mismo, en la búsqueda incesante del perfeccionamiento y por tanto, de la Verdad.

"Veamos nuestro entorno, el esfuerzo está por todas partes, es una ley vital a la que nadie se puede sustraer". No es en tono de lamento que Chevillon, en esta obra, percibe la acción universal, sino con firmeza, con el dinamismo semejante a la propia corriente de la vida por la vida, generando multiplicidades a partir de cada nuevo paso, de cada instante mágico de la existencia.



CONSTANT CHEVILLON

Nació el 26 de noviembre de 1880, a las 17.00 horas en Annoire, Constant Chevillon siguió sus estudios en el pequeño, con el tiempo gran Seminario de Lons Le Saulnier. En 1900, ingresó en la facultad de letras de Lyon.

Al principio enseñó, filosofía religiosa entre los Jesuitas, en 1905, ingresó como empleado de banco, en la Sociedad General. Frecuando un grupo de artistas y de poetas encontró, en 1906, a Jean BRICAUD y en 1912, conoció a Gerard ENCAUSSE (Papus). Probablemente iniciado ese mismo año en la LOGIA HUMANIDAD.

En 1914, Constant Chevillon es herido en Champagne y permanece 18 meses alejado de los campos de batalla, aprovechando este tiempo para comenzar sus estudios del hebreo.

Poco después del fin de la guerra y hasta 1926. Presentó un ciclo de conferencias, lo esencial de ella se encuentra en sus obras "Oriente y Occidente" y "Reflexiones sobre el Templo Social".

Se convirtió en miembro del Supremo Consejo el 10 de marzo de 1921 y asumió la sucesión de Jean Bricaud el 21 de febrero de 1934. Cinco años más tarde, publicó "El Verdadero Rostro de la Franc-Masonería". Fue el padrino de Robert AMBELAIN.

Su prisión tuvo lugar en 1943 por la milicia de Vichy. El 24 de marzo de 1944, a las 22 horas y 45 minutos, en Saint-Fons, en el lugar llamado "La montaña de Clochettes" Constant CHEVILLON fue abatido por tiros, asesinado por los milicianos.

PROLOGO

En nuestros días, más que nunca, la masonería es atacada. Como lo era en otro tiempo el macho cabrío de los judíos, ella carga con todos los pecados del pueblo, con todas las faltas de los gobiernos, de todos los crímenes perpetrados contra la concordia y la paz. Aún más, sus adversarios la acusan de los más negros designios. La presentan a las masas como una enemiga de la civilización cristiana, como un agente desmoralizador encargado por jefes ocultos, de difundir la descomposición en el cuerpo social y moral de la humanidad. Aun más, la consideran, sin sonreír, como una colectividad satánica cuyo objetivo inmediato tiene por finalidad la hegemonía del mal. En vista de ello, sin tardanza, caen sobre ella odios, persecuciones, cartas marcadas, excomuniones menores o mayores de las huestes ignorantes y de algunas elites muy bien informadas sobre el valor intrínseco de la Institución.

Examinemos, brevemente, las profundas causas de este ostracismo universal.
¿Por qué la masonería es atacada, perseguida y lo será hasta la consumación de los siglos?

Por dos razones esenciales:

Ella es, en primer lugar, la antítesis de todos los racismos y de todas las dictaduras de fuerza, porque es el símbolo vivo de la fraternidad universal. Condena permanente de todos los políticos de partidos y de todas las políticas nacionales egoístas. Se eleva delante de una conciencia dictatorial, como una acusación perpetua y tangible. Sin decir nada, sin hacer un solo gesto, por el único hecho de su existencia, ella parece decir a los prevaricadores: "¿qué hiciste de la libertad, de la justicia y de la equidad?" Quieren, pues, aprisionarla, o mejor, aniquilarla para suprimir hasta los fantasmas del remordimiento. En segundo lugar, no concede a nadie el monopolio de la universalidad, no quiere un clan, un partido, lo mismo que una Iglesia, modera el uso de los conceptos en el modelo muy frecuentemente intrincado de sus concepciones. Quiere un único ideal para todo el género humano, predica la unidad en la diversidad de los individuos, de las ciudades, de las naciones y de las razas. Es por eso que siempre es el blanco de los ataques venidos de todos los lados del horizonte; los aprovechadores, los autoritarios, los ideólogos, todos los partidarios de los intereses particulares, de la lucha de clases, de las revoluciones de opinión única, se unen contra ella. Por la derecha y por la izquierda, por el frente y por detrás, recibe golpes.
¿Es eso justo o injusto? No discutamos, es humano; la explicación es suficiente.

Pero en las persecuciones de las cuales la masonería es objeto hay otra causa, nacida en su propio seno. Sufre, a veces deliberadamente, por ignorancia, veleidad o cálculo, dando oportunidad a la crítica, porque también está constituida por hombres imperfectos. Olvida su razón de ser, olvida su catolicidad, esto es su universalidad. Descendió a la arena de los partidos, faltó a su misión salvadora; en lugar de refugiarse en la esfera de la autoridad y de la sabiduría, quiso participar, en cuanto a masonería, del poder y de la política. Renegó su ecumenismo para tornarse el mezquino símbolo de un campanario parroquial. Concilio general de la humanidad se rebajó al papel de capilla clandestina de intereses privados, hizo su corte a los poderosos del día para tener su lugar entre ellos, sin pensar en la fragilidad de los colosos con pies de barro; cuando ellos cayeron, fue aplastada por sus ruinas; sus herramientas empleadas para una tarea servil, utilitaria y remunerada, se tornaron ineficaces en manos débiles.

La masonería a través de los hombres que componen su cuerpo visible, carga pues, una gran parte de responsabilidad en los ataques a los cuales está expuesta. No obstante, masones en recto camino, no te desanimes; recuerda a Israel a las márgenes del Éufrates y entrégate a la esperanza. Los opresores piensan en una masonería aniquilada. ¡Los masones pueden ser apresados o morir! La masonería no muere; oculta hoy bajo la piedra del sepulcro, ella renacerá mañana mejor y más fuerte, porque la masonería es la propia alma humana ebria de libertad, de paz y de amor.

Sí, todas las esperanzas son legítimas, pero para concretarlas y hacerlas desenvolverse, es preciso golpearse el pecho. El pasado sostiene múltiples errores, el presente parece consolidarlos, enfoquemos pues el porvenir bajo otro ángulo. La Masonería paga sus faltas acumuladas, la aureola del martirio cerca su cuerpo europeo desarticulado en todas las partes; es preciso que ella retorne a su tradición original y verdadera. Ciertamente, los perseguidores no se complicaron en diferenciaciones sutiles, su odio es y será siempre idéntico. Pero si todos los masones prosiguieron en el real espíritu de su institución, su obra de libertad necesaria, forjaron, a pesar de todo, el respeto de los peores adversarios.

En guardia pues contra la facilidad, contra la indolencia intelectual y espiritual, contra los gestos mecánicos, contra el practicismo de las palabras inútiles y vanas. La inmensa mayoría de los masones de las obediencias francesas y extranjeras está actualmente ocupada en construir una fachada por detrás de la cual nada acontece; una fachada destinada a disimular a los ojos de los ignorantes, la condición profana de los adeptos; dando así la ilusión de trabajar en el Templo de Salomón. Retroceda esta actitud y esta ilusión, para atrás los fariseos adoradores de la letra y despreciadores del espíritu.

Para infundir una vida nueva, una vida expansiva, en el cuerpo anémico de la masonería, no basta proceder por exhortaciones que serían, según el texto de la Escritura: (Vox Clemantis in deserto), la voz clama en el desierto. Es preciso descender a la arena, mostrar a todos los gestos precisos de la lucha, los gestos de la victoria. Es necesario restituir las bases y las coordenadas de la vida triunfal de las realizaciones, cuyo comienzo se anuncia en la vía dolorosa del ascenso, porque nadie puede conocer las glorias de la ascensión sin haber subido, el Gólgota.

ASCENSO

Cuando el profano se presenta a la puerta del templo, para reclamar humildemente la luz, el guardián del umbral lo detiene rudamente por el hombro diciendo: "¿Quién va?" Y el conductor responde, por el recipiendario: "Es un hombre libre y de buenas costumbres". Está todo ahí; la masonería, en dos palabras, pone a sus adeptos en presencia de la más completa y de la más alta de todas las verdades. La luz, en efecto, no se da a los esclavos, harían mal uso de ella; ella no se expande en la disonancia pasional bajo pena de ser inmediatamente derogada y reducida a tinieblas; ella se revela en su pureza, en el seno de la armonía que sigue a la serenidad de las relaciones humanas. Cuántos masones, en nuestros días reflexionan sobre esas dos palabras. Pocos o ninguno. Abramos pues nuestro espíritu a los objetivos de la masonería y sobre ellos meditemos por nuestra cuenta.

El Templo está abierto únicamente a los hombres libres y de buenas costumbres; las dos partes de esta afirmación son una sola y única cosa; los conceptos se interpenetran y se sustentan mutuamente. La libertad es un poder, las costumbres son una actitud; un reflejo del poder. Las buenas costumbres no serían nada, si ellas no fuesen la actitud de la verdadera libertad. Esta, en efecto, consiste en dirigir a todo lo que no es la consecuencia inevitable de las leyes universales del Cosmos. Ser libre es regularmente la incidencia de las necesidades, reprimir los instintos, canalizar las pasiones, subyugar el error y realizar el bien en la virtud, destruyendo el mal juntamente con el vicio. Ahora, de esto resulta una cosa, a primera vista sorprendente, al menos para el común de los mortales: un hombre evidentemente sometido a la peor de las esclavitudes, al trabajo forzado bajo la lámpara de un guardia-galés, a la opresión sistemática de los tiranos, a los tormentos de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, a los vejámenes y al ostracismo de las multitudes ciegas, puede ser inmensa y magníficamente libre. El no adopta, en efecto, la actitud de los esclavos, que es la resignación, pero él acepta la necesidad del momento, él menosprecia las contingencias, y reúne sus esfuerzos para de eso, liberarse, sino en el tiempo, al menos en la realidad eterna. Por el contrario, el hombre vestido de púrpura, delante del cual se inclinan todas las cabezas, el legislador omnipotente, el magnate de la industria, el arribista sin escrúpulos, seguro de su prestigio de su flexibilidad o de su fuerza, puede estar entre los más viles esclavos, si ellos se doblan al soplo del apetito material, al soplo de sus pasiones, de sus deseos, sin otra ley más allá del suceso. Observad bien cada una de esas categorías de hombres y distinguidlos por sus costumbres. Vosotros no encontraréis el bien entre los esclavos y el mal entre los hombres libres, porque las costumbres no son únicamente esta concesión a las contingencias sociales, que lleva a los peores abusos, el velo de un cierto decoro; las costumbres en su esencia última son una irradiación del alma, de la inteligencia y del espíritu que vuelve a la vida bella, noble y humana a través de gestos a veces deselegantes o incomprensibles. He aquí porque libertad y buenas costumbres son una sola y única cosa.

Veamos ahora como el verdadero masón debe conquistar su libertad para apoyar su conducta bajo el ángulo universal de lo humano.

El la conquista en dos etapas:

En un período de despojarse o de la purificación que conduce de la libertad negativa, a la maestría de si mismo, a la reabsorción de las trabas materiales y pasionales, propias de los esclavos. En un período de ejercicio activo, generador de libertad positiva, esto es, de la libertad de realización. Comprendemos fácilmente que esta última es la verdadera libertad. El período de despojarse, todos los masones conocen, y lo contrario sería inadmisibile, porque él constituye el tema esencial de la masonería simbólica; es el nuevo nacimiento elogiado por las Escrituras, nacimiento para la luz espiritual. Consiste en romper el tejido de las necesidades, de los instintos, de las pasiones; en romper la crisálida intelectual de los prejuicios y de los errores, de los cuales el alma de la multitud es muy frecuentemente prisionera y, así, obstruida en su progreso hacia el sol de la verdad (La verdadera Luz)

¿Cómo liberarse de esta catástrofe? Por asimilación juiciosa y utilización racional de la enseñanza masónica tradicional. El ingreso al Templo provoca un choque, el choque de la luz bruscamente revelada en la caída de la venda. Este choque es el despertar sobre un nuevo plano. Los fantasmas de la noche se desvanecen como una nebulosa inconsistente, las cosas se

definen, aparecen en sus formas verdaderas; toda la gama material se reviste de su tonalidad especial. El sentido exacto del mundo exterior se revela; bajo el influjo de la luz es un sencillo punto de apoyo capaz de impedir la marcha incierta y peligrosa a través de los pantanos de la animalidad pura y un punto de partida hacia la armonía superior de las entidades espirituales. Ese choque contribuye pues a despojarnos del viejo hombre, del manto humano-animal transmitido por la generación sexual, pero esto es insuficiente. "Es necesario prever los posibles "catabolismos" ([Conjunto de procesos metabólicos de degradación de sustancias para obtener otras más simples.](#)), y alejar las emboscadas; una libertad desarmada, siempre y en cualquier parte, es una libertad muerta.

Así el masón pasa al período activo, encoraza su libertad para hacerla invulnerable, quedando enteramente libre para actuar, en vista de una eventual acción.

Aquí aun, la enseñanza intenta poner a mano de todos la llave de la solución. No indica únicamente la dirección general de la libertad, pero indica los caminos más seguros y los más directos para llegar hasta ahí, ella estimula a actuar, hasta establecer el itinerario ideal a emprender. Insistir al respecto, no es aclarar una fatal ignorancia, es atraer la atención sobre las dificultades y la trascendencia de la obra masónica, para desde ella fijar al espíritu las más sutiles particularidades.

No es necesario, en efecto, desconsiderar los obstáculos esparcidos bajo los pasos del candidato a la iniciación. A pesar de las informaciones doctrinales y los puntos de referencia, ellos son difíciles de sobrepasar. En un momento, la buena voluntad bastaría: abrir bien los ojos a la luz, comparar, apreciar y decir sí, es una tarea relativamente fácil. Para la acción, es necesario apelar a la voluntad. Podar, suprimir las ramas inútiles, los brotes bastardos o purulentos, conlleva un sufrimiento al árbol confiado al jardinero. Es así también para el masón, una vez que él es al mismo tiempo, el árbol, el podador y el obrero. Su voluntad debe ser indeclinable, sino retrocederá delante del sufrimiento, sino la facilidad y el prejuicio se sobrepondrán al esfuerzo y al ardor, y nosotros nos encontraremos en presencia de este axioma de la moral latina: Corruptio optimi pésima, la corrupción del mejor es la peor de todas.

En este período de ejercicio activo, el objetivo el masón es triple, puesto que el hombre está construyendo sobre un triple nivel. El debe amoldar y acorazar su alma, su inteligencia y su espíritu. No hablamos del cuerpo, porque el cuerpo fue purificado y regenerado en el proceso del despojamiento, está pues en perfecto estado de salud y de equilibrio.

El alma humana es ese centro de una materialidad sutil que, por uno de sus polos, toca el espíritu y por otro la materia; ella es el termino medio del compuesto humano, el mediador plástico, tan frecuentemente condenado por los filósofos y los teólogos que se dicen ortodoxos. Ella es el centro vital común al hombre y a los animales, la informadora del cuerpo; encierra la sensibilidad. No hablemos de sensibilidad corporal, lugar de decantación y de elaboración de los lados experimentales, este aspecto deriva de la psico-fisiología. Nos enfocaremos únicamente a la sensibilidad, receptáculo de las pasiones y de los sentimientos, esta sensibilidad que vuelve al hombre material específicamente humano. En ese centro nacen y se desarrollan bajo el influjo intelectual los siete vicios capitales a los cuales la humanidad está presa: el orgullo, la envidia, el prejuicio, y los otros: Pero ella es también, bajo el impulso volitivo, la matriz del amor.

Si reflexionamos, en una rápida visión, veremos cuál es el trabajo del masón en el plano sensitivo. Los vicios capitales están insertados en el egoísmo, de eso resulta: el odio, la crueldad, la injusticia en todos sus grados, las mezquindades ridículas de las cuales la multitud de los timoratos, de los cobardes y de los ignorantes son la eterna víctima. El amor toma su fuente en la fraternidad universal de los seres llamados a un mismo fin. Del amor resultan: la piedad, la misericordia, la bondad, la caridad y todas las virtudes. En consecuencia; el masón debe sacar de sí el egoísmo, y con él todos los vicios de los que es el soporte, cultivar y ampliar sin cesar el amor y las virtudes capaces de florecer sobre este tallo perfumado.

Ahora, ¿cómo se llama en el mundo el hombre exento de egoísmo, bueno, misericordioso y caritativo? Se dice de él: es un hombre de corazón. La formación del corazón en el plano sensitivo será pues la primera preocupación del masón. El masón será el hombre con gran corazón, siempre pronto a extender la mano de amistad a los débiles, a los desamparados, al prodigar su amor a todos los seres golpeados por el infortunio o la injusticia, al levantar los heridos sobre los campos de batalla de la vida, al sostener a aquellos que están a punto de caer. Y esta cualidad muy noble no es sinónimo de flaqueza; por su ejercicio sentimental, el masón sabe que él no debe tener compromiso con el mal, con el vicio, será duro con los agentes de la opresión, con los egoístas y los malvados; pero en la lucha dejará siempre la puerta abierta a la redención, porque el amor no quiere la muerte del pecador, sino su retorno para la bondad.

Pasemos ahora al ejercicio intelectual. Todo masón debe ser un hombre de ciencia. No os asustéis delante de esa palabra, ya que, desde la más tierna edad, fuiste obligado a sufrir para arrancar vuestro pan cotidiano de la madre naturaleza; la ciencia masónica no es la ciencia oficial de nuestras facultades y de nuestras academias. Aquí no es necesario, para ser sabio, curvarse sobre ecuaciones matemáticas vertiginosas, o sobre mapas del cielo, penetrar el misterio de las ciencias positivas. Simplemente es necesario hacer de su inteligencia, de su entendimiento, y de su razón, una herramienta de precisión, incapaz de errar en los límites de nuestras potencialidades humanas. ¿Y qué es la ciencia? Es una codificación ordenada y lógica de las series fenoménicas. Nadie en este mundo puede jactarse de poseerla enteramente. Los hombres más instruidos poseen apenas un fragmento de un lado de ella, algún fragmento del otro, y, precisamente en razón de esta dispersión, si no tienen un espíritu superior que religa las ciencias entre ellas y todas juntas a la verdad única, ellos son y permanecerán primarios. La ciencia masónica es el espíritu informador de las ciencias, ella es la Gnosis, en el sentido mismo del término; ella no se detiene en los fenómenos, ella va hasta la esencia; de los atributos y cualidades, ella infiere la propia naturaleza de los seres y de las cosas.

Seguir una serie fenomenal de la A hasta la Z, deducir de ella las leyes y principios de su constitución y de su evolución, es muy bueno. Conocer el porqué de todo esto es mejor aún. La ciencia masónica no conduce a otro fin, ella es la ciencia de las causas y muy especialmente de la gran causa, ella tiende a penetrar el secreto de la Gran Obra. ¿Cuáles son sus bases? En su simplicidad y su claridad, ellas están al alcance de todos, constituyen un método muy frecuentemente negligenciado por el común de los hombres.

Este es el primer estado: escuchar, observar, comparar y filtrar, en el silencio y la meditación. Rehusar las opiniones preconcebidas, las nociones sin soporte, las ideas fáciles repetidas por los papagayos de nuestras sillas científicas o de nuestros tribunos políticos, para engañar a la multitud. Evitar la precipitación del juzgar y, basado en juicio sano, aprender a raciocinar.

En el segundo estado: pasar del conocido fenoménico al desconocido causal o nominal, sea por inducción o deducción legítimas, sea por la analogía, esta llave maestra de la Gnosis o ciencia esotérica y asentarse así en una certeza, sin ningún límite sino la propia capacidad de nuestras facultades representativas humanas. Así, para llegar a la ciencia masónica, no hay necesidad de aplicarse a problemas secretos reservados a los profesionales de nuestros institutos oficiales; todas las cuestiones, aún las más sencillas, entran en el cuadro de las reflexiones masónicas y pueden dar lugar a una solución científica, de la cual el primero está excluido. Esta solución, en efecto, es generada por la propia vida y reposa sobre una razón correcta, sobre una posibilidad de error reducida al infinitésimo por el despojamiento intelectual. La verdad es, siempre, perseguida de cerca, con el rigor necesario para la elaboración de todas las evidencias. He ahí la verdadera ciencia masónica, ella reside en una visión directa de las cosas y de los seres, extraña a la ciencia esotérica. Ahora, por el conocimiento verdadero de las causas y de los efectos es posible distinguir la apariencia de la realidad. El masón aprende pues, con precisión, la oportunidad de establecer la justa relación "existencial" entre la primera y la segunda, y esa relación es una luz, es la Luz. Transportada del entendimiento a la voluntad, esto es, del pensamiento a la acción, permite proceder a la sujeción racional de las necesidades, de los instintos y de las pasiones, de la extirpación de los vicios capitales, al desarrollo de las virtudes, en la medida necesaria al equilibrio perfecto de la personalidad espiritual, parte dominante, de mi sustancia humana. Entramos así al mismo nivel del tercer estado del esfuerzo individual y del ejercicio colectivo.

No conforme de moldear su sensibilidad y su inteligencia, su alma y su razón, el masón debe iluminar su voluntad. No se trata aquí de instaurar las bases del amor sensible y de la verdad relativa de las relaciones científicas; es preciso subir más alto, instalarse en el mundo de las ideas puras. No se trata más de los reflejos de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, a través de manifestaciones cósmicas, sino de los conceptos universales informadores del pensamiento, de los principios supremos que condicionan la vida, regulando su evolución normal y constituyéndole el fin. En otros términos, se trata de operar la auto-creación de la conciencia verdadera y armonizar su desarrollo con las leyes del ser. Nosotros decimos: conciencia verdadera, esto es, conciencia esencial, conciencia de la personalidad. Nuestra individualidad, de hecho, toma posesión de la misma en nuestra sensibilidad, diferenciándose del mundo (1) exterior, y en nuestra inteligencia por la asimilación de las relaciones abstractas que resultan de nuestras reacciones, en cara de acción fenoménica. Esta conciencia, conciencia primera, no es común, teniendo en cuenta las incidencias científicas con todo el reino animal.

Pero la conciencia personal o segunda, cuyo soporte momentáneo se encuentra en la primera., no es únicamente la toma de posesión de nuestro "yo" íntimo, es también el principio de unicidad, de la indefinida divisibilidad sensorial e intelectual; ella es, también, el lugar donde nuestra propia entidad se conjuga con el mundo superior de las ideas. Ella es una potencia dinámica y estática, es una potencia dinámica, por la unidad que ella infunde en el "yo", y estática, por su resistencia a la dispersión. Ella es el sello del ser; una vez despertada, es incoercible, mortal. ¿Cómo puede el hombre, en vía de ascenso, despertar su conciencia, tornarla inmortal y darle, con espontaneidad, su carácter específico? Iluminándola por sus dos polos: de un lado por la luz de las relaciones verdaderas recogidas por los sentidos, elaboradas por el intelecto y sintetizadas por la razón; del otro, reabsorbiendo todos los velos tejidos por la involución en la materia, velos estos que impiden al espíritu comunicarse intuitivamente con la fuente divina, de la cual él es una emanación. Por ese procedimiento, la conciencia se torna

luz, ella no es más un reflejo, una luz deformada por la refracción, sino una luz depositada, un foco radiante. Ella es la imaginación creadora y la memoria espiritual, en el seno de las cuales las ideas son, de alguna manera, encontradas en una forma concreta y humana para jamás desaparecer. Entonces la conciencia dirige el haz de su luz para la voluntad, a fin de volver fácil la acción, en el eje general de lo verdadero, de lo bello y del bien eternos, en la verdadera libertad que no consiste, únicamente, en hacer o no hacer, sino en hacer aquello que es preciso y no otra cosa.

Ciertamente para realizar este último esfuerzo que hacen los genios, los héroes y los santos, las dificultades son innumerables. La materia está ahí, visible y palpable, pero también atractiva y tiránica, el dolor es inevitable a aquel que quiere dominarla, conducirla en vías extrañas a sus reacciones normales. No nos desanimemos, dirijámonos al método masónico.

El nos dice: procura, sondea, medita en el silencio. No rehúses ninguna idea, concepto o noción, ni desvíes de ningún problema, de ninguna hipótesis, pues todo encierra una parcela de verdad, un poco de luz, un átomo de la realidad. Compara, juzga y pesa con la balanza de la equidad. Ahora, en esta "búsqueda" del divino Grial, dos cosas son esenciales: la buena voluntad y el deseo del bien; la sutilidad intelectual y la perseverancia vienen en seguida, porque el deseo genera perseverancia, y la buena voluntad es la matriz del esfuerzo cuidadoso.

Todo hombre incapaz de proseguir hasta el fin en este ascenso personal jamás subirá completamente la escalera de Jacob de la masonería universal. Pero si él la puede concluir, ¿a qué resultado prestigioso puede llegar? El masón así evolucionado no es más un hombre de la multitud, "homo" que se dice "sapiens" de los antropólogos; él es hombre ideal, el hombre en sí, el "venido" de nuestra lengua ancestral, el latín; es el varón capaz de actuar, de realizar, de amar y de sacrificarse por un ideal de justicia y de fraternidad. El puede exclamar como el poeta, "Nil humanum a me alienum puto", nada humano me es extraño

(1) Notamos que el autor invierte los conceptos de individualidad y personalidad. Lo que para nosotros es individualidad él llama personalidad y viceversa.

APOSTOLADO

Este es el trabajo personal al cual el masón se unió, tal vez sin prever toda la amplitud de su promesa. Ciertamente, ese trabajo es importante, doloroso y magnífico. ¿Pero es ese todo el trabajo de nuestra institución? El es importante, para nosotros que soportamos el peso de él, pero no es nada o gran cosa en relación a la especie humana. La masonería, en efecto, no tiende únicamente a crear, entre sus adeptos, personalidades al mismo tiempo pura y fuertes; ella quiere iluminar a las masas en la medida de lo posible, hacerles comprender la justicia y la equidad, el derecho y el deber, confirmarlos en la libertad por la verdadera fraternidad, por la "caritas geneais humani" otrora evocado por Cicerón y por los estoicos. Por esto le son necesarios apóstoles, y ella quiere crearlos. Esto es preciso porque toda su enseñanza converge para la acción; por la ciencia especulativa ella conduce a la ciencia de las realizaciones, su sueño es el de construir el Templo de la humanidad.

¿Qué es un apóstol? Es un hombre de acción, un hombre revestido de una misión sagrada, por la cual él está pronto a sacrificar todo: sus comodidades personales, sus deseos más caros, su tiempo y su vida, si fuere preciso. Un apóstol debe poseer las tres virtudes primordiales que

conocemos bien o que conoceremos cuando franqueemos otros grados de la jerarquía: la fe, la esperanza y la caridad. Esas tres virtudes son tan elevadas que se las denominó virtudes teologales, no únicamente para recordar que ellas se aplican a Dios, sino para mostrar que su poseedor puede ser asimilado a un dios.

Aquí, abramos un paréntesis necesario para alejar de nosotros toda idea preconcebida, incompatible con la verdad. En todos los tiempos los hombres, y especialmente los masones, hace casi un siglo, tienen miedo de las palabras, porque ellas son revestidas con una máscara modelada sobre su fobia del momento. A poco, hablábamos de iluminación. Esa palabra, en nuestro idioma, es sinónimo de locura o quimera; eso es absurdo; un iluminado es una antorcha. Es inútil insistir. En cuanto a las virtudes teologales, es otra cosa. La fe masónica no es una creencia limitada por la cual el ignorante se inclina delante de un dogma indefinible, es la transfiguración del pensamiento, la sublimación del entendimiento; no es el credo heroico o prejuicioso del carbonero, es el credo pleno de luz de la ciencia discursiva e intuitiva; yo siento, veo, se, luego, yo creo. La esperanza no es esta aspiración beata para una ayuda problemática e inmerecida, para una recompensa gratuita, inadecuada al esfuerzo empleado para conquistarla; es el impulso de todo el ser para las cimas de la belleza y de la justicia. La caridad no es el amor egoísta de un bien conocido como un bienestar del cual se quiere disfrutar: es el amor desinteresado de un ideal supremo de bondad, de misericordia y de paz, no por un único ser, sino por la universalidad de los seres. Y esas tres virtudes son una única y sola cosa, considerada bajo tres aspectos diferentes, en consecuencia de la triplicidad humana. Es la voluntad purificada de toda unión bastarda, la razón magnificada y tornada sutil como una lámina de espada; es el corazón alargado hasta el sacrificio, por la consciencia iluminada.

Retornemos al apostolado masónico, y veamos como él puede ser concebido. No nos engañemos, no cabalgemos los corceles de Apolo, ni subamos el Sinaí, la gran obra de regeneración humana es menos gloriosa y mucho más difícil. No se trata de multiplicar las acciones de efecto, los gestos valerosos, de construir planes constitucionales inéditos y trascendentes, es preciso actuar en la simplicidad del corazón y de la inteligencia, con una voluntad inquebrantable; es preciso actuar con la obstinación de la gota de agua cuya caída repetida perfora el más duro granito. Es preciso actuar de inicio por el proselitismo de la convicción: por palabras frecuentemente, por escrito algunas veces, por ejemplo siempre; sembrar en la multitud ideas de verdadera libertad, de igualdad verdadera y de universal fraternidad; infundir la atención de los individuos bajo su ángulo real; implantar en las almas la noción de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, y, en consecuencia, disolver en su ambiente inmediato la oscuridad mortal de los prejuicios de la ignorancia y del error, eliminar las supersticiones que son lazos de esclavitud para la inteligencia y a voluntad. Después, es preciso realizar, esto es, emplear todas sus fuerzas, todas sus reservas disponibles, toda su vida para la transformación del ideal en obras adecuadas. En una palabra, es preciso concretizar su fe, limitarla al acto, porque la fe especulativa es inútil y sin sinceridad. No es necesario precipitarse hacia el martirio, sino es preciso saber andar por ese camino, se fuere el caso, con un paso deliberado y la cabeza erguida, porque el masón es un hombre sacrificable. Su fe personal no es egoísta, sino irradiante, él quiere comunicarla a otros. El no espera nada para sí mismo porque tiene todo en sí, y las contingencias materiales tienen para él una importancia relativa, pero él las espera para la multitud, para los humildes y débiles. Espera el conocimiento para los ignorantes y aquellos que están en el error. Espera la libertad para los esclavos, la justicia para los oprimidos y la equidad para todos, su amor se extiende sobre todos los seres de su raza, tanto

sobre la masa como sobre la elite, él ama a todos sus hermanos en vista del fin común de la humanidad, fin último donde cada uno debe estar en su lugar, en la jerarquía de los valores espirituales, El trabajo del masón es, pues, totalmente desinteresado; él es cumplido bajo el ángulo del deber. El masón, en efecto, no reivindica sus derechos personales de hombre libre y consciente, sino para cumplir su deber, porque él sabe que sus derechos son relativos y limitados, pero que su deber es absoluto y sin límites. También el masón apóstol es un jefe misionado entre las elites, porque es un iniciado, un iluminado, un hombre de corazón, de conocimiento y de acción.

EXAMEN DE CONSCIENCIA

Después de haber, sucesivamente, examinado el ascenso individual y la acción colectiva y social, para los cuales el masón es llamado por la institución, nos podemos dar cuenta de lo difícil y enorme de este entrenamiento progresivo. Y eso explica porque tantos adeptos quedan estancados en las bajezas de la mediocridad, en el seno de las obediencias más activas y más reputadas, La mayoría, a pesar de algunos caracteres y una disciplina libremente aceptada, son simples profanos. ¿Están ellos amedrentados por la labor o no la comprenden? Una y otra de esas suposiciones deber ser, sin duda, consideradas; pero la misma masonería no puede ser acusada, porque son los hombres que permanecen sordos al llamado o impotentes para realizarlo, por debilidad o mala voluntad. Y no obstante la masonería es sabia, ella no impone a nadie un esfuerzo arriba de sus facultades; ella intenta, al contrario, magnificar y desarrollar las facultades para volverlos aptos al esfuerzo. Ella no impone al aprendiz y al compañero el trabajo del maestro; ella resuelve las dificultades, las aclara sucesivamente y, en presencia de cada una de ellas, da las directrices necesarias para sobrepasarlas. El progreso puede ser lento o rápido, pero ningún obrero pasa a una nueva etapa antes de actuar a la perfección en la etapa anterior, él avanza hacia la maestría con una marcha regular y precisa. Cuando la alcanza, él puede emprender un trabajo eficaz, porque sabe tallar la materia prima, en vista de la solidez de la construcción, pero eso no es todo, la masonería es el arte real por excelencia; a la estabilidad de la obra ella quiere añadir la belleza, es por eso que ella selecciona los maestros obreros del templo. Por una serie constante de pruebas de enseñanza, les descubre las leyes arquitecturales susceptibles de concurrir para la magnificencia del edificio. Aun más que eso, ella conduce, a los más aptos, a los más valerosos y perseverantes a las cimas, les transmite las reglas del arte, los principios del conocimiento, y estos, a su vez, pueden formar los futuros obreros de la ciudad celeste, dirigirlo y elevarlos hasta sí para permitir a la obra masónica ser eterna como la raza humana.

En presencia de esas verificaciones, un serio examen de conciencia parece oportuno. Descendamos en nosotros mismos, sondeemos nuestros corazones y nuestros riñones. El asunto a fijarnos es doble. ¿Estamos en el camino, esto es, en el espíritu masónico? ¿Tenemos voluntad de proseguir hasta el fin? De eso tengo miedo, la respuesta de nuestra conciencia no será tal vez, para muchos dentro de nosotros enteramente afirmativa; nuestra debilidad congénita, nuestro egoísmo, nuestro amor propio, la atracción poderosa de las pasiones y de los instintos físicos, son terribles piedras de tropiezo y, más de una vez sin duda, fueron la razón de nuestra voluntad. Nosotros tenemos puesto bien frecuentemente, es verdad, la mano en el mazo y en cincel para tallar nuestra piedra, ¿cuántas veces las suavizamos para encerrarnos en la inercia y en el desprecio? Nosotros posamos las manos en el arado, no detenemos, muchas veces, por cansancio, contemplando el borde del surco en lugar de terminar la tarea. Si es así,

golpeémonos el pecho, porque cometemos un crimen, no sólo contra nosotros mismos y contra la masonería, sino contra la humanidad que espera en vano la consumación de la obra redentora. Si pecamos, no seamos flojos, no esgrimamos nuestros instrumentos en la cantera desierta. La masonería no renuncia jamás a su tarea, ella abandona a la nada las obras imperfectas y transpone a otros lugares los materiales para recomenzar incansablemente el trabajo no realizado. Hagamos como ella, no nos desanimemos, retomemos nuestros instrumentos y la tarea donde nosotros la dejamos, Pero, ahora, tengamos una firme actitud, tomemos el compromiso sagrado de no mirar más hacia atrás, fortalezcámonos en una voluntad irreductible de proseguir nuestro ascenso personal para poder actuar, en un día muy cercano, en las arenas de las luchas colectivas, de donde saldrá una humanidad mejor, una humanidad regenerada, consciente de sus deberes y de sus derechos, de poseer la verdadera libertad por la igualdad principal y la fraternidad.

Por este examen de conciencia, por este acto de firme propósito, las responsabilidades masónicas son determinadas con el más extremo rigor y con la certeza. Compenetrémonos bien, ahora, de las verdades así enunciadas. No basta haber sido recibido aprendiz, compañero o maestro, para ser un verdadero masón. En el mundo profano una destreza no vuelve un obrero competente por el único hecho de su contratación a una cantera. Lo mismo ocurre en las oficinas del Templo. Por eso, cuando el Venerable pregunta al primer vigilante si él es masón, éste no responde: "Yo lo soy", sino: "Mis Hermanos como tal me reconocen". El indica así, sin ambigüedad posible, la necesidad de un trabajo personal e intenso para llegar al adeptado. Aquel que descuida de eso, y no orienta sus esfuerzos hacia ese fin preciso, no será jamás un verdadero hijo de la viuda, y los grados, las distinciones, los cargos de los cuales será investido por la amistad de sus Hermanos o de sus maestros serán una vana manifestación del espíritu profano, oropeles destinados a cubrir su antiestética desnudez.

Masones animosos y de buena voluntad, trabajad pues para vuestro ascenso como lo hicieron vuestros ancestros, procurad la luz, amad la verdad para y contra todos, igual contra vuestros amigos más queridos; la verdad es muy elevada para sufrir obligaciones. Sed duros con vosotros mismos, pero buenos, complacientes y tolerantes para con los otros, en la medida de la justicia. En todos vuestros pensamientos, reflexiones o actos, no tengáis sino un único objetivo, un único fin: el bien general de la humanidad de la cual los individuos no son más que submúltiplos. Si estáis en este espíritu, ¿cuánto pesarán a vuestros ojos las mezquindades profanas, los ataques disimulados o directos, las opiniones peyorativas, los obstáculos postrados sobre vuestro camino? Nada podrá desviaros de vuestra investigación desinteresada o podrá soltar vuestro trabajo, o verá disminuir vuestra libertad esencial, ni vuestra fe en los destinos humanos, vuestra esperanza en la nueva era, ni vuestro amor, por vuestros hermanos conscientes o extraviados. Las cosas serán más para vosotros una consecuencia del error donde se encuentran sumergidos los hombres; así las cosas buenas os parecerán como una ilustración magnífica de la evolución de las almas, una incitación a proseguir en la lucha por lo verdadero, por lo bello y por el bien. Vosotros seréis confirmados en el optimismo del atleta, dignos de vuestro título y del pasado humano de la masonería universal.

Pero si vosotros encontráis obstáculos insuperables, si vuestro esfuerzo se encuentra con masas muy pesadas para vuestros hombros, tocad y se os abrirá, pedid y recibiréis. No vaciléis, porque la masonería espera las solicitudes y las pesa a su justo valor para transmitirnos una verdad por encima de las fuerzas del solicitante. Porque, no solamente, ella da el conocimiento,

crea, fortalece y desarrolla todas nuestras facultades, sino, por una educación adecuada, se esfuerza en volver su uso fácil y espontáneo, un ritmo de belleza y armonía.

CULTURA

La masonería ordena la búsqueda de la verdad, pero esta búsqueda o tendría ningún sentido si la verdad no tuviera un contenido.

Ahora, muchos masones, aun aquellos calificados de grandes, cuando pronuncian el axioma para siempre célebre, gloria de la institución: "La masonería no impone ningún límite a la búsqueda de la verdad", se contentan en hacer revelar a los ojos de sus hermanos menos avanzados un remoto ideal, intangible e irreal, puerta abierta a las hipótesis producidas por la imaginación humana, esas inverosímiles como las otras. Ellos confirman, de alguna manera, una verdad problemática, error eventual para todos, salvo para su detentor momentáneo: una verdad cuyo color y la forma pueden mudar de la noche para el día; verdad cuyo punto de partida y el punto de llegada están en un equilibrio perfectamente inconstante. Para su justificación ellos invocan la base experimental y el método racional; ellos pretenden permanecer así en la ciencia positiva. Ellos ven exactamente, sin dificultad, si ellos quieren sencillamente comentar las leyes físicas del mundo exterior y reconocer el contenido objetivo de la materia. Y, no obstante, igual sobre ese punto exotérico de la ciencia real, ellos limitan los movimientos intelectuales y niegan la utilidad de la masonería, esta, por los medios de los cuales dispone, siendo inferior a las Academias y Facultades. Pero, si ellos quieren, por ese medio, mantener la misión masónica y elevarse sobre las alturas del espíritu, ellos se engañan, porque la experiencia tiene necesidad de un farol para salir de las series extraordinarias que, todos, nos conducen a un impasse sobre el cual se dirigen los caminos del misterio. Ese farol es el contenido de la verdad, la verdad en sí. Ella es evidentemente inaccesible en su totalidad, en su sustancia viva, en incesante movimiento. No obstante, cada uno puede aprender de ella un fragmento, por ínfimo que sea, un fragmento susceptible de darle una certeza.

¿Por qué la mayoría de los masones se obstinan en andar a la búsqueda de la verdad sin jamás hacer alusión a su contenido? Ellos se deleitan en la estupidez de la letra y de la palabra, ellos se proyectan en dirección a una evidencia fantasma, sin cuidar del cuerpo sagrado de las ideas de las cuales él es la proyección intelectual, como si la evidencia por si misma fuese un fin, un reposo adecuado al esfuerzo del pensador. La evidencia en si nada más es de lo que la luz engendrada por el choque de las relaciones de lo real a lo real. Empeñarse en la búsqueda de la evidencia por la evidencia es un error, es preciso darle un soporte. Pero el masón común, igual el sabio, cree encontrarse en presencia de la verdad cuando se coloca por un tiempo más o menos largo, en la cavidad platónica; confunde así el reflejo y la realidad, persigue la sombra de la luz.

La evidencia es un criterio necesario para establecer la legitimidad de una relación; es la armonía de las nociones, de los conceptos, de los juicios o, más específicamente, una vestidura de la cual se recubre el pensamiento. La verdad substancial es una idea que no encierra ninguna contradicción en su enunciado; ella debe, por un lado, adaptarse exactamente con la apariencia fenomenal, con las manifestaciones de la vida, y por otro, con la propia esencia de las cosas o de los seres de los cuales ella es representación armónica. En otros términos la verdad es real,

tornándose inteligible, sea por el procedimiento discursivo del raciocinio y de la analogía, sea por la intuición de la cual la imaginación creadora es el instrumento.

Si nosotros partimos de esos lados reconocidamente exactos, y sería difícil negarlos de buena fe, la cultura masónica, basada sobre la búsqueda de la verdad, nos va a parecer en su compleja unidad. Unir las dos palabras: compleja y unidad, parece una herejía; en matemática tal vez, pero no en lo real. El hombre es un fin en su esencia verdadera, él es dos en sus manifestaciones interiores y exteriores, él es tres en la expresión de sus potencialidades.

La cultura masónica comprenderá, pues, tres fases; en cada fase, distinguiremos dos estados, y todos los puntos de vista diversos sintetizarse bajo el influjo del fin perseguido. La primera fase comprende la educación de la sensibilidad; la segunda, la educación del entendimiento; la tercera, la educación de la conciencia, esto es, del espíritu, unificador del componente humano. En la primera, es preciso educar los instintos y las pasiones, después los sentimientos. En la segunda, formar la razón e iluminar la voluntad de manera de guiarla legítimamente en la libre escogencia de la cual es el origen. En la tercera, es preciso despertar la conciencia, de un lado en la diversidad, del otro en la unidad. Pero de arriba y debajo de la escala, la unidad se manifiesta y se vuelve efectiva a la medida de la ascensión, porque el masón, en buena hora actuando según las leyes y principios reguladores de sus diversos planos constitutivos, concentra su actividad en el eje universal y único de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

Todos los catecismos religiosos, todas las éticas y todas las filosofías nos dan las normas de esta triple educación bajo la cobertura de la moral profana. La masonería sigue esta vía, tomada de la tradición universal de la humanidad, pero dándole un alcance bien superior. Como algunas religiones, ella no invoca la recompensa o la pena, como las éticas y las filosofías, ella no se inspira únicamente de una cierta higiene anímica e intelectual. Ella no es, en efecto, la religión de la masa ignorante, o la filosofía de una elite compuesta de principiantes. La masonería es la propiedad de la elite de las elites y, como tal, se coloca en un punto de vista sobre-humano. Ella quiere lo verdadero esencial, lo bello en si y el bien supremo, sin preocuparse con las eventualidades engendradas por el egoísmo de los individuos, de las naciones y de las razas, teniendo en cuenta el progreso necesario a la estabilidad del cosmos. Ella acepta, pues, los compromisos y los caminos recorridos y orientados hacia el objetivo final, pero jamás los comprometimientos y los caminos retrocedidos. Ella acepta la opinión del momento desde que contenga un fragmento de verdad, pero combate el error y la ignorancia, ella acepta un bien menor para caminar en dirección al mejor. Es complaciente con las caídas, jamás con la debilidad.

La educación de la esfera humana puramente sensitiva, esto es, instintiva y pasional, se conjuga con la educación de la inteligencia, porque las facultades correspondientes están íntimamente ligadas entre ellas, la sensibilidad proporcionando al intelecto el alimento básico de sus meditaciones. La masonería manda a sus adeptos que se liberen de los instintos y de las pasiones; no que los destruyan, sino que los purifiquen y los mantengan en su estricto papel. Esos no deben ser los fines susceptibles de recibir y condicionar la actividad general del ser, sino o medios, herramientas por las cuales el hombre puede actuar sobre la naturaleza física y dominarla, reducirla al estado de criado que habla cuando su jefe autoriza. Eso es difícil, tal vez, pero perfectamente entendible.

El hombre debe ser maestro de si mismo; ahora, como la sensibilidad constituye la parte inferior del componente humano, es preciso someterla a la parte más noble, al espíritu; ella no puede tomar las palancas de la acción, a no ser bajo el dominio espiritual inmediato. No es necesario insistir sobre este punto, pues todos los hombres de buen sentido están convencidos de eso. No es necesario detenernos más largamente sobre la educación intelectual. Las leyes de la lógica, la práctica de las ciencias positivas, nos colocaron sobre el camino desde hace mucho tiempo. Se tiene, muy frecuentemente, presentada la inteligencia como la facultad de lo verdadero, esto es exacto sólo en parte. Lo verdadero es absoluto y la inteligencia no puede aprender nada fuera de la veracidad de las relaciones "existenciales" entre este absoluto y sus manifestaciones extraordinarias, veracidad esta que constituye la evidencia o la certeza científica. Ella es pues relativa en todas las incidencias de su actividad. El tema masónico de la educación intelectual consiste, precisamente, en impedir a los adeptos que se extravíen en relaciones falsamente verídicas, suscitadas por el error congénito ligado a nuestros sentidos o por la aproximación ilegítima de nociones y conceptos, semejantes en apariencia, pero en la realidad extraños unos de los otros. Es por eso que la masonería recomienda la circunspección en el análisis, el discernimiento en la elaboración de los conceptos y la temperancia en el juzgamiento.

Eso aún no es todo. En esta primera etapa, ella permite a la inteligencia recibir una luz suficientemente clarificada, auténtica expresión del lado sensorial. El conocimiento verdadero, la gnosis, posee otro polo, el polo positivo del conocimiento esotérico. Ese polo es constituido de las ideas, emanaciones del mundo de las esencias. Las ideas son el elemento informador del conocimiento; ellas son, como tales, absolutas en las mismas y su relatividad es función de nuestras facultades representativas. La educación intelectual masónica nos permite penetrar en el mundo trascendental, porque ella no se contenta en formar la inteligencia, sino influenciar el entendimiento, raíz radical y soporte de la primera.

La inteligencia realiza lo abstracto contenido en el concreto fenomenal sensible, pero se encuentra en la diversidad. La comprensión, al contrario, impone a la diversidad abstracta la acción unificadora de las ideas y engendra "a adéquation rei et intellectus" en la cual todos los platónicos, según su maestro, colocaban y colocan, aún, la verdad. Para estar en lo verdadero, es preciso realizar el equilibrio entre el sujeto y el objeto, o sea, entre la cosa conocida y el entendimiento que conoce. Está ahí la obra masónica por excelencia en el dominio de nuestra actividad interior y exterior; ella es creativa o completamente inútil. En el interior de nuestro ser ella constituye la conciencia, en el exterior, la civilización.

No demos atención, en este breve estudio, a ese último punto de vista; las meditaciones masónicas consolidadas por los hechos cotidianos de esa forma revelan suficientemente los arcanos. En cuanto a la conciencia, detengámonos ahí un instante, porque ella es la base de todas nuestras realizaciones exteriores y, por consiguiente, la propia base de la civilización. Nuestra conciencia lanza sus raíces, por un lado en el seno de la experiencia, resultado de la actividad incesante y discontinua del mundo exterior; por el otro, en la unicidad de nuestro ser y por ese intermedio en la unicidad cósmica cuyo origen reposa sobre el mundo de las ideas informadoras, esto es, en la manifestación del mundo espiritual. Ella no es solamente el sentido de la justicia, de la moral social y del amor propio individual, cuyas variaciones son indefinidas. Detenerse en esta concepción es tomar el efecto por la causa.

En su despertar total la conciencia es, de inicio y sobre todo, el sello, el signo vivo de nuestra realidad, porque ella perdura entre los fenómenos pasajeros, ella es la eternidad en el tiempo. Pero en razón de su polo negativo apoyado sobre la diversidad fenomenal, ella es también el sentido de nuestra interdependencia cara a la universalidad de los seres; es pues, un lazo entre el yo y el no-yo. Por la educación y por la cultura intensiva, esos dos atributos responden a una abstracción implantada sobre el árbol de la creación y la conciencia se vuelve una célula autónoma de la especie humana, solidaria con todos los otros, pero completa en ella misma, en el seno de Dios. Ella es pues el soporte del amor verdadero, del amor absoluto e ilimitado, cuyo abrazo poderoso inflama todas las criaturas, a través del creador. Aquí está porque la conciencia es también un tribunal delante del cual ninguna palabra, ningún gesto, ningún acto encuentran disculpa, si ellos no están revestidos del manto de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. Aquí está porque ella es una fuente inagotable de civilización, pues esta no se puede establecer sin la fe y la esperanza de la unidad, y sin el amor de la unidad, de la cual la conciencia es la más alta expresión.

Así, la educación individual masónica reúne el apostolado colectivo fijado como objetivo final a la institución. ¿Por qué tantos masones se detienen, como decíamos hace poco, en el período puramente intelectual, sin el cuidado de poner punto final a su ascenso? El conocimiento es necesario; un ignorante no puede abrigar el honor y la responsabilidad de ser un apóstol. Pero el ascenso no consiste tanto en instruirse como en sacar provecho del conocimiento para organizar la vida espiritual. Es preciso elevarse sobre el conocimiento, sencilla base sobre la cual se construye el edificio de la conciencia. El conocimiento es relativo y humano, pero a través de él debe afirmarse alguna cosa de sobre-humano, cuya existencia está condicionada a la toma de posesión de una íntima realidad: la persona. Contra esta realidad, ninguna de las contingencias intelectuales debe prevalecer. Es una auto-creación análoga en todos los puntos a la discriminación de las personalidades hipostáticas divinas. Sobre el soporte vital, en efecto, el logos intelectual se introduce, se desarrolla en el triple amor de la voluntad. Por la vida y por el ser, nosotros somos "uno y un" en el todo; por el verbo nosotros distinguimos nuestro "yo" de los otros "yos" y nos volvemos una individualidad particular, susceptible de manifestarse en la diversidad del mundo exterior; por el amor, restituimos nuestra unidad en la unidad trascendental, afirmamos nuestra conciencia integral; en suma, situamos nuestra personalidad en el cruzamiento del infinito y de lo finito, de lo absoluto y de lo dudoso, de lo cual nos volvemos participantes en igual medida. El amor, así, da un sentido a la luz intelectual y transpone la vida sobre el plano universal.

¡Cómo concluiré! De manera tan sencilla como, tal vez, inesperada. El masón debe adquirir el sentido de lo eterno. Si él trabaja, en el tiempo, y bajo el ángulo de la eternidad, esto es, de la realidad. Para el hombre, es en el tiempo que germina la eternidad; es preciso pues comenzar la conquista en el tiempo. Ahora, cada individuo está integrado en el medio social, trabajar para la perfección de este medio es proveer al individuo un medio eficaz para elevarse en la eternidad. Si el masón funde su personalidad en el molde de la eternidad, si él es uno con ella, podrá entonces procurar llevar consigo a la sociedad humana; si él paró en el tiempo, sus esfuerzos serán vanos y sus especulaciones, como sus actos, serán botados a la improductividad.

EL VERDADERO ROSTRO DE LA FRANCMASONERIA

Tal es el verdadero rostro de la masonería universal. Nosotros quisiéramos describir ese rostro en un esbozo rápido y fiel, no según los hombres alistados bajo su bandera, sino según la tradición de la cual ella debe sacar partido. Esta tradición se alteró en el curso de las edades, de forma casi inevitable, en consecuencia de las relaciones humanas normales.

Los principios de libertad, igualdad y fraternidad, carta inamovible de los individuos y de los pueblos a la cual la masonería está ligada hasta la muerte, fueron desconocidos, o igual pisoteados, por todos los gobiernos y los partidos. Los intereses particulares y los de las castas, parásitos venenosos engendrados por el no desenraizable egoísmo, fueron mucho tiempo favorecidos por los poderes públicos, en detrimento del interés general. La verdadera masonería se levantó contra la injusticia y la intolerancia; ella quiso, por todas partes y siempre, restablecer el equilibrio roto. Porque, siendo humanos los medios empleados por ella tal vez haya sobrepasado el límite de la sabiduría. Para luchar contra la angustia material, descendió sobre el plano estrictamente físico, perdió de vista, así, su papel espiritual y su oficio de mediadora. En algunos casos, ella también se prestó a las realizaciones partidarias. Pero su acción era legítima en su esencia, cuando no en sus modalidades. Los hombres que en su seno dirigían la lucha eran, en la mayoría, plenos de fe y de buena voluntad y tenían un único objetivo: el bien; es preciso absolverlos. Igualmente, si su obra es condenable, la masonería es inocente, pues ella no proclama el error, sino la verdad.

Contrariamente a las afirmaciones de sus detractores, ella no es, en efecto, una empresa de demolición, un organismo gangrenado cuya actividad nefasta propaga la enfermedad por la cual él está alcanzado. Numerosos masones pueden errar y lo contrario sería sorprendente, muchos de entre ellos pueden actuar en vista de intereses personales más o menos confesables. Es inadmisibles jugar la interdicción sobre la orden entera por el hecho de que ovejas negras, sean ellas la mayoría, se abrigan en sus templos.

Es por eso que nos esforzamos en hacer revivir, en su pureza ideal, la doctrina verdadera de la masonería iniciática; en mostrar el ascenso individual y colectivo de la cual ella es el soporte; en elevar los adeptos hasta la noción del apostolado y, por ese medio, conducirlos a las realizaciones exteriores de la cual los errores serán excluidos. Nosotros escribimos sin revelar ninguno de los "aborrecibles" de la orden, como único objetivo de ser útil a la verdad y de destruir, en la medida de nuestro entendimiento, los rumores del odio levantados contra ella. Aquellos que, eventualmente leyeron este estudio de él obtendrán tal vez: sea una más justa comprensión y un poco de respeto por una alta doctrina venida de las profundidades de la historia, sea el deseo de poner sus pensamientos y sus actos en el diapasón de su enseñanza tradicional.

Para esos últimos, les decimos nuevamente, ellos emprendieron una obra ardua, y, en algunos momentos, dolorosa. Pero su realización no es imposible. Algunos la realizan, a pesar de las dificultades materiales y la lucha por la existencia: debemos imitarlos. Ella es, en estas páginas presentada en su aridez metafísica, no para amedrentar, sino para dar el valor necesario al proseguimiento de ese noble ideal. Es siempre bueno de hecho, antes de emprender una tarea, medir su extensión.

Veamos en torno de nosotros, el esfuerzo está por todas partes, es una ley vital a la cual ningún ser puede sustraerse. La vida humana es, sobre todo, el prototipo de lucha perpetua. Es preciso combatir por el lugar al sol y el pan de cada día, combatir por la verdad contra el error, por la paz contra la guerra, por el bien contra el mal. Ningún hombre, digno de ese nombre, puede negar la oportunidad del esfuerzo cuya tensión, de otra manera, es beatífica a las grandes almas, puesto que él trae con él la esperanza de la victoria y la alegría anticipada del triunfo. Las dificultades, desde el comienzo, parecen intransponibles, pero se revelan luego, y casi siempre, como coadyuvante de la verdad.

Cuando un alpinista se encuentra al pie de una muralla rocosa casi vertical, su primer movimiento es volver sobre si. El no obstante no vacila, él la ataca con la voluntad de vencerla. A lo largo de la ascensión, él encuentra fisuras, plataformas, rampas más suaves y descansos invisibles de poca altura. A pesar de la fatiga y del peligro mortal, él llega al fin sobre la cumbre y respira el aire de las cimas. El se siente maestro de las fuerzas naturales, porque él venció el pavor y abatió la materia. Así hace el verdadero masón, caballero sin miedo y sin censura él conquista la espiritualidad contra todos los obstáculos.

COMPLEMENTO

Prólogo

Entre los profanos e igual entre los masones que se quedaron atrás en leer las páginas precedentes, muchos, tal vez, quedaron decepcionados. Ellos esperaban encontrar ahí, no sólo un rostro desconocido de la multitud, sino también un tema preciso capaz de concentrar todo esfuerzo intelectual, un dogma al cual bastaría entregarse para ser, irresistiblemente, encadenado en el reflejo de la luz.

A la fuerza de oír decir: la Masonería confiere la verdad a sus adeptos, los masones pueden creer en la instantaneidad de una revelación milagrosa y como el amor propio humano los guía aún en sus primeros pasos en el templo, ellos sufren, sin duda, por no quedar deslumbrados. En cuanto a los profanos, ellos piensan no tener necesidad de entrar a la Masonería para llegar a ese resultado: las ciencias, las filosofías y las religiones son, también, mentores seguros. Esta fraternidad no innova nada; ella no enseña nada; ella se atribuye un derecho hipotético y se sirve de un símbolo puro para convencer a los hombres de su utilidad. Abramos una ética cualquiera, lo mismo un sencillo catecismo, y nos encontraremos, bajo una forma menos vanidosa, las mismas enseñanzas y los mismos preceptos.

Los masones estarían errados al reclamar una revelación donde se encuentra únicamente la continuidad de una tradición milenaria; los profanos, de desconocer los beneficios de un método y de una disciplina cuya eficacia se concibe por las subordinaciones, en otros lugares aplicados bajo la cobertura de leyes punitivas; unos y otros, de imaginar una pretensión injustificada. Es por eso que queremos abordar aquí la cuestión de la luz masónica, en el límite impuesto por la obligación del secreto, para mostrar a todos, y sobre todo a los iniciables, sus características, su papel y la manera por la cual es preciso comprenderla y conquistarla, fuera de toda ilusión incompatible con la positividad de la doctrina.

Entonces aparecerá a los ojos de la buena fe, por un nuevo análisis y una meditación más profunda y correlativa de nuestro primer ojear, como la masonería es desconocida de la generalidad de los hombres y cual es el valor de su testimonio en la apreciación de la verdad humana, testimonio de una importancia, única, por cuanto completamente en la conciencia de lo místico.

Retornaremos, de alguna manera sobre nuestros pasos, para medir mejor el alcance y la dirección, encontraremos los mismos conceptos y las mismas ideas, pero en un ciclo más limitado, porque asistiremos, en cierta medida, al nacimiento de un hijo de la viuda.

A LA LUZ MASONICA

Recién llegados a la puerta del templo, ¿es la luz que buscáis? Nada es menos cierto, En vuestro fuero interno, en efecto, vosotros creéis tenerla en función de vuestro conocimiento. Tenéis todo un pasado detrás de vosotros; habéis trabajado, pensado, actuado, esa comprensión engloba algunas leyes y principios y podéis entender, sino la verdad total, al menos una aproximación de larga envergadura. Vuestra conciencia iluminada por vuestra inteligencia puede así conducirnos hacia un juicio de una aparente legalidad. Vosotros no vinisteis pues a procurar la luz, sino, en la falta de una verdad nueva que os parece improbable, un poco más de claridad y de precisión. De ese intento, en otro respecto, ninguno debe condenaros, porque la mayor parte de los masones, todos tal vez, pensaron como vosotros, hasta el día en que se percibieron de su error.

Esperad un poco; como otros vieron, vosotros veréis luego, la luz profana de la cual vosotros estáis más o menos saturados es un reflejo muy frecuentemente deformado por el prisma fenomenal, Cuando os aproximéis a la verdadera luz, a la luz masónica, engendrada por el sol ideal del mundo espiritual, os aprenderéis la significación de estas palabras: "Recibir la Luz" y "Dar la Luz" porque vosotros no seréis más simples telas reflectoras, sino polos irradiantes. Y ese momento está próximo o lejano según la determinación de vuestra propia voluntad.

Vosotros solicitasteis la luz sin estar bien convencido de recibirla. ¿Cómo voy a presentarla? Bajo el velo de múltiples símbolos. Sin duda, vosotros ya los conocéis y os espantasteis al primer contacto, por no encontrar tal vez sino un sencillo esbozo en lugar del modelo completo. Delante de vosotros está la primera anomalía, cuya razón os escapa y recordaos de una cosa: la figura o la letra son los soportes; únicamente la idea y el espíritu son esenciales. No caigáis pues en generalizaciones prematuras o juicios irreformables. Los raciocinios "a priori" no valen nada en las ciencias exactas, y menos aun en la masonería universal.

A pesar de sus estudios anteriores, a pesar de sus conocimientos adquiridos, el recipiendario no sabe nada aún bajo el ángulo particular de la Masonería; él vaga en el laberinto pasional, él titubea en las travesías de todos los prejuicios y, si él pertenece a la elite profana, él se inclina delante de la sacrosanta mirada del intelectualismo racional. No se trata ahora aquí de las relaciones comúnmente adquiridas por los doctores exotéricos; es necesario, al contrario, establecer nuevas relaciones entre el signo y las ideas, o, mejor, aprenderlos a través de la plasticidad de los símbolos. La masonería, se dice, es un arte y una ciencia; no estamos autorizados, por nuestra inteligencia de la ciencia y de las artes, a juzgar peyorativamente una

institución cuya fórmula es el fin, proclamados idénticos, parece óptimo seguir un camino divergente, proponemos descubrir la realidad oculta bajo la cáscara.

Desde millares de años, desde los tiempos históricos, hay los místicos, iniciados y adeptos, al lado y arriba de los hombres de la multitud; escuelas esotéricas al margen de las academias oficiales. Aún más. Al lado de los sabios, naturalmente dados al esclarecimiento de los misterios de los cuales nosotros estamos cercados, hubo siempre cenáculos cerrados, templos secretos, fraternidades herméticas, donde solamente los hombres de deseos eran introducidos, con un ceremonial complicado apropiados para eliminar las curiosidades nocivas y las voluntades dudosas. Ese segundo aspecto del problema merecía aún atención. ¿Por qué toda esta preparación, esta selección? ¿Por qué la verdad porta un sello y es preciso recibirlo para ser admitido en su presencia? Ese sello es un aspecto sacramental, un bautismo purificador, él penetra todas las facultades, las grava, las modifica, según la receptividad de cada uno. Antes de abrir a sus elegidos las puertas de la Verdad, la Masonería imprime, por consiguiente sobre su frente, el sello de los ciudadanos de la luz, a través de pruebas adecuadas, sacadas de los cuatro elementos primordiales sucesivamente, cruzadas y vencidas.

Pero si el sello torna la luz accesible, él no es la luz; así, en una religión cualquiera, el bautismo no es la salvación.

Cuando la venda cae de vuestros ojos, creísteis, sin ninguna duda, en una restitución pura y sencilla de la luz física, de la cual estabais privados y no os conmovisteis de otro modo, porque el símbolo no revela, de inicio, su íntima sutilidad. Habéis, no obstante, sentido un choque semejante al de la aurora sobre la naturaleza, cuando ella emerge al horizonte, bajo el levante del sol. Ese choque simbólico es, al mismo tiempo, la materia sacramental y la consecuencia del sello iniciático.

¿Habéis por ese hecho, recibido y contemplado la luz de la cual la Masonería se jacta de operar la transmisión? No, y podréis con una legitimidad relativa afirmar la ausencia total de rupturas en el campo ordinario de vuestra visibilidad. Desconfiad, no obstante, de esta lógica de apariencias irrefutable. Si la luz no os fue bruscamente revelada, si vosotros no poseéis ningún conocimiento nuevo inmediato, habéis, no obstante, recibido la llave de las puertas del oriente espiritual, donde viene la luz verdadera.

¿Qué es, pues, esta llave de oro? Vosotros la poseéis desde el despertar de vuestro entendimiento, todo el mundo la posee, pero ninguno quiere servirse de ella, sino, para un culto idolatra y puramente especulativo. Es el "conócete" descubierto por Sócrates en la doctrina tradicional de los antiguos misterios de los cuales él fue el eco revelador. Ella os fue restituida en la cámara de reflexiones y de ella se os mostró el uso en el curso de vuestros viajes de pruebas. Ella os permitió, con la ayuda de vuestros iniciadores, mover vuestros pasos inseguros, ser maestro de vosotros mismos y dominar los elementos, no al agrado de vuestra fantasía -las leyes naturales siguen un camino inmutable-, ni para satisfacer vuestros caprichos -el iniciado no los tiene-, sino tolerándolos libremente cuando ellos son contrarios, despreciando sus eventualidades cuando ellas son favorables. Y eso es la luz, y la luz está contenida en esas palabras, más o menos desconocidas fuera de nuestros templos: el hombre fuerte es la medida del mundo. El hombre fuerte, en efecto, no indaga más sobre la divisa socrática, él no la lleva

en la solapa como una decoración, él la transforma en motivo de acción y reacción, él la lleva en la intimidad de su sustancia, él la volvió el ojo de su voluntad.

Toda la infinita distancia entre la luz iniciática y la luz profana está contenida en esas palabras: "Conócete". Por ellas la masonería pone al recipiendario en presencia de él mismo, en presencia de su pensamiento y de su conciencia toda trémula del contacto de Dios, de ese Dios interno manifestado únicamente por las esencias. Sin descuidar el velo del mundo fenomenal, ella lo reduce al justo valor de una gama sonora cuyas vibraciones, en la economía del cosmos, son destinadas a proclamar la gloria y la potencia de la interioridad. La ciencia profana, al contrario, pone al hombre en presencia del mundo exterior. Ella le dice: mira, analiza, compara, extrae y jugo fenomenal para remontar a las leyes y a los principios; pero ella se detiene en la dispersión y divisibilidad externas. Así, la Masonería interioriza y la ciencia exterioriza. Esta comunica el reflejo de la luz increada, aquella crea una luz en la propia conciencia del hombre e ilumina el mundo visible, para situarlo en su lugar verdadero. Es por eso que el profano, envuelto con las luchas cotidianas de la existencia, está inclinado a dejarse dominar por las fuerzas exteriores y se encuentra desamparado cuando el reflejo, su guía habitual, lo abandona en las tinieblas interiores. "Es por eso que el masón jamás está solo consigo mismo; él es co-participante de la verdadera luz; él es una fuente de luz y el mundo exterior, a pesar de sus revueltas momentáneas, le es sumiso, porque ese mundo no es nada sin una conciencia capaz de absorberlo en el seno de su propia luz, de darle una vida real y un sentido.

Pero no se adquiere la luz tan fácilmente como se bastase atravesar la cámara de reflexiones para gozar de ella. Manejar la llave es difícil, La Masonería da, también, un método y las reglas del arte real, Método y regla están contenidos, bajo un velo transparente al lector atento, en los rituales y en la enseñanza de los maestros; es inútil e inoportuno exponer de eso los detalles, pero ellos están basados sobre un principio preliminar sin el cual su ineficiencia es cierta: la disciplina. La masonería impone a todos sus miembros una disciplina de la cual la rigidez no excluye la flexibilidad, igual al hombre de elite enrolado como aprendiz ella no teme decirle: "Escucha, obedece y cállate". Y es por eso que la señal gutural está colocada en el umbral del templo para recordar a todos perpetuamente: la rigurosa ley del silencio, el respeto a los juramentos y dominio sobre todos los reflejos del ser físico e intelectual.

Ciertamente, él no menosprecia los conocimientos adquiridos, ni la educación profana de la cual las incidencias no son solamente útiles, sino frecuentemente necesarias; ella reconoce la ciencia esotérica de algunos participantes a los cuales ella facilitará la ascensión más rápida, pero a todos ruega la circunspección. La verdad de las masas y la verdad de las elites deben ser controladas y pasadas al colador de la conciencia masónica. Ella grita: "sed vigilantes, la luz es inmaculada, únicamente la duda cartesiana puede acogerla en su pureza original".

Durante los primeros meses de sus trabajos en el templo, el aprendiz masón, llegado a un cierto grado de intelectualidad y sobre todo de exoterismo puede, algunas veces, dejarse llevar por una impresión singular. El se cree cerrado en in circuito primario y sin salida, donde se esfuerza por sujetarse a una enseñanza ampliamente familiar e irrisoria. Los gestos, las palabras, las doctrinas, todo le parece conocido; él tiene la sensación bien nítida de perder su tiempo. Su error es grande y él prueba así, de manera perentoria, la superficialidad de sus percepciones. Sin ninguna duda, él conoce las técnicas de los términos y tal vez de los símbolos, pero el ignora la prodigiosa diferencia entre el estudio de un solitario y la meditación en

común, entre el conglomerado sagrado abierto a todos y el aposento del Templo. El ignora las virtudes de la jerarquía y los nuevos e insospechados horizontes que ella invoca, con una rapidez frecuentemente fulgurante, en el espíritu del místico, bajo la cobertura de una palabra o de un signo, cuya fecundidad parece jamás agotarse.

Aprendices recientemente alistados, por mayor que sea vuestra ciencia, por mayor que sea vuestro entendimiento, prorroga vuestra opinión y no deis de hombros. La Masonería, bajo la aparente simplicidad de sus preliminares, presenta una doctrina austera, profunda y toda contaminada de problemas inadvertidos. Os llevareis años para sacarla en vuestras meditaciones y, aún más, para traducirla en vuestros comportamientos internos y externos. No creáis en la facilidad, es un árbol estéril, desconocido en el santuario; no creáis en la indigencia de algunas ideas, su plenitud se vuelve tangible a vosotros por el esfuerzo continuo. Y es en vista de este esfuerzo, creador de hombres, de jefes y de apóstoles, que la masonería os reclama la circunspección y la disciplina, únicas capaces de conducir hacia la maestría. Vuestro alistamiento os hace masones de derecho, por la buena voluntad y por el corazón, tornaos de hecho cuando, sometidos a todas las reglas del arte real, compenetrados de su método, habréis comprendido las doctrinas filosóficas y las operaciones jerárquicas, de las cuales la existencia, en todos sus grados de la jerarquía, a pesar de la disimulación, del cual ellas son el objeto, es incontestable.

Solamente entonces comenzareis vuestro ascenso en la luz, en este ideal constituido por el dominio de si mismo, el calmado equilibrio de las facultades, de las pasiones y de los instintos, por la preponderancia del espíritu sobre la materia y la ponderación de los juicios. Entonces, habréis, al fin, encontrado la única paz susceptible de extenderse paulatinamente en los diversos estratos de la nación y de esparcirla a toda la humanidad por encima de las fronteras. Comprenderéis porque la paz universal es una utopía si la paz interior no reina en cada uno de nosotros y sentiréis como ésta es la resultante de la luz masónica, cuyo farol poderoso descubre la única verdad. Toda verdad que no es apaciguadora en si misma es, en efecto, un tejido de errores disfrazados y de prejuicios tenebrosos, ella desgarrar los individuos en sus propias entrañas y los levanta unos contra los otros para asegurar la hegemonía de una idea particular o para justificar las actitudes y los actos inapropiados por el egoísmo, ese veneno sutil, destructor de la fraternidad.

La luz masónica forma los hombres fuera de toda contingencia. Esos hombres son los pacíficos y los pacificadores, porque, por el "conócete", ellos aprenderán a dominarse, a temperar la justicia por la tolerancia y por la misericordia, a amar aquellos cuyo estado evolutivo no sobrepasó aún las leyes instintivas, a amar con suficiente ardor para extenderles la mano y atraerlos, en esta paz luminosa delante de la cual la sombra del odio, de la envidia y de la ira se desvanecen sin retorno.

LA LEY DEL SILENCIO

Los sacerdotes Egipcios tenían personificado el silencio bajo el símbolo del dios Harpócrates, El era todo ojos y todo oídos, pero su boca estaba cerrada. Esta actitud es evocadora: es preciso ver, escuchar, comprender, pero, entre las verdades así descubiertas, ninguna debe ser divulgada inconsideradamente. Más tarde, Apuleyo escribirá en el Asno de Oro: "Ningún peligro podrá, jamás, obligarme a desvelar a los profanos las cosas que me fueron confiadas

bajo el sello del secreto". Fue así para la enseñanza esotérica de todos los misterios antiguos, para los de Isis y de las Pirámides, para los de Eleusis en el cual se celebraba el culto de Demeter, de Perséfone y del divino Iacchos, para los dos Cabires y de Mitra; fue así, igual para los misterios de la fe de los primeros siglos, diseminados a los fieles en el silencio de las criptas y de las catacumbas. La ley del silencio está en el origen de todas las iniciaciones verdaderas, ella se pierde en la noche de la prehistoria, sin contestación posible.

¿Por qué desde entonces, servirse de ella como de una máquina de guerra contra las sociedades iniciáticas y en particular la Masonería? La razón de eso es sencilla, se pierde en el sentido de esta ley. Los profanos y los enemigos de esta institución la consideran, o al menos fingen considerarla, como una confesión mezclada de hipocresía, de fin subversivo y de misterios odiosos atenuados por su sombra propicia. La ignorancia y la mala fe explican esta concepción. Todos los masones verdaderamente dignos de ese nombre lo saben, la ley del silencio no encubre nada de temible, de inmoral o de subversivo; ella es la prolongación legítima, la cual es necesaria, de las obligaciones dadas a los antiguos adeptos, y el eco de las palabras evangélicas "No echéis las perlas a los puercos".

Pero si la ley del silencio es legítima, si ella fuere recomendada en términos precisos por los maestros del pensamiento esotérico, ¿cómo interpretarla? Muchos lo ignoran, igual entre sus observadores benévolos, especialmente entre sus detractores. Muy frecuentemente esos últimos observan el juramento masónico, con un carácter infantil por lo arcano, como una necesidad, propia de todo espíritu superficial, de darse a los propios ojos, una importancia capital para velar su nada. Ellos nada conocen de la doctrina masónica, está ahí su única excusa; pero su ignorancia debería incitarle a sondear las razones profundas de una prohibición impuesta al recipiendario, antes de su admisión en el vestíbulo del templo.

Examinemos pues el problema en toda su extensión, sin dejarnos apoderar por razones extrañas al objeto. La menor reflexión, en efecto, os pondrá sobre la vía.

De inicio, una afirmación se impone: toda ley implica una obligación nítida de someterse a su teoría. Pero, aquí, una distinción debe ser hecha. Las leyes civiles: políticas, económicas o sociales son la expresión de una necesidad momentánea o durable, constatada por el legislador y, lo más frecuente, aplicándose a la sociedad sin consulta previa a los sujetos a ella. Hay pues obligación real, absoluta, y esta obligación conlleva la sumisión a la letra de los textos, más que a su espíritu, hasta el día en que la ley será reabsorbida por la fuerza de las cosas o por la reacción de la multitud exasperada. La ley masónica del silencio no ofrece nada de semejante a nuestras meditaciones. En primer lugar, como iremos a ver enseguida, ella es impuesta por la razón y no por la voluntad de hombre o de una colectividad. En seguida, ella es presentada a cada adepto antes de su admisión en la Orden y libremente aceptada. El recipiendario se somete de buen agrado, con todo conocimiento de causa a las incidencias de la ley; aún mas, ella sella su aceptación por un juramento y se retira así, conscientemente, toda posibilidad ulterior de ruptura o de derogación. La obligación es pues bien efectiva, pero ella es de otra esencia, ella es trascendente a los individuos y reposa sobre la personas del iniciado. Las constituciones civiles rigen los pueblos, fuera de sus voluntades y de sus deseos, ellos son, "perinde ac cadáver", entre las manos del estado y del poder judicial encargado de aplicar la ley. En Masonería hay, al contrario, la voluntad y la alegría de disciplinarse y el juramento de persistir "sine die" en esta disciplina libremente consentida. Así la obligación del silencio o

engendra un estado de esclavitud de cara frente a la ley, es una adhesión cuya necesidad basada sobre la razón, no aleja nada a la espontaneidad. Es una norma iniciática sin la cual ningún ascenso es posible; nosotros intentaremos demostrarlo.

La ley del silencio, nosotros decimos, procede de la razón. La razón es una facultad específicamente humana, ella coordina los lados experimentales e intuitivos, elaborados por el entendimiento, bajo la forma de nociones, de conceptos o ideas, y los traslada en apreciaciones para fijar sus repercusiones en nuestra vida. Ahora, en cara de la razón, la Masonería es el arte de perseguir, el método para descubrir, la ciencia para integrar, en la especulación y en la práctica, las leyes de las relaciones esenciales establecidas entre la verdad y la inteligencia humana. ¿Dónde está la verdad? Ella no está en las expresiones evadidas del lenguaje, cáscara perecible sin cesar modificada por las vicisitudes del tiempo y de los lugares. Ella reside en las propias cosas, en los seres, en la vida. No es en el tumulto de las discusiones, de las vanas y pomposas palabras que penetra la sustancia velada por los conceptos.

La vía sutil de las esencias nos vienen únicamente en el silencio del espíritu, en el recogimiento de la meditación; ella es interceptada por el ruido del mundo profano, constituido muy frecuentemente, por sonoridades inconsistentes y sin valor. Así, la ley del silencio, lejos de ser una obligación arbitraria, es una obligación racional por la cual nuestro cuerpo y nuestra alma se ponen a la disposición de nuestro espíritu, para permitirle escuchar con toda quietud la voz de los seres, emanación y submúltiplo de la gran voz universal. Cuanto más prolongadas fueren nuestra meditaciones, más completo nuestro silencio interior, mejor llegaremos a percibir esta armonía sublime. Aquí están las razones profundas del silencio masónico; nosotros veremos más adelante como es preciso organizarlo, retengamos desde ahora el principio rector: la enseñanza iniciática se da y se recibe en el silencio de todo el ser, él lanza sus raíces en la meditación y él lleva sus frutos en los surcos más secretas del espíritu apaciguado.

La ley del silencio tiene aún otro aspecto, aspecto del todo exterior y más generalmente considerado por los miembros de la Institución y sobre todo por sus enemigos, Cuando el Venerable cierra los trabajos de la Logia, él dice: "Retiraos en paz, mis Hermanos bajo la ley del silencio". Esta frase del ritual tiene dos sentidos, aquel revelado arriba, estudiado y uno exotérico, aplicable a los profanos. Ahora, si el símbolo del dios Harpócrates concierne al primero, las palabras evangélicas y el texto de Apuleyo, citado en el comienzo de estas líneas, se aplican incontestablemente al segundo e aquí aún, la razón de esta ley. En efecto, toda idea divulgada sin discernimiento, es sin provecho para la masa ciega, incapaz de recibirla. Para ella, es una presa indicada, una presa a despedazar. Apoderándose de ella con toda ignorancia y su irreverencia, ella la tritura, tortura las interpretaciones y aplicaciones fantásticas para volverla un monstruo sin forma y sin estética, según las palabras del poeta latino: "Monstrum horrendum informe, ingens, cui lumen ademptum". Monstruo horrendo informe, inmenso a quien la luz fue robada. Si, la palabra masónica lanzada como pasto a la masa se vuelve, pasando por las células cerebrales de individuos sin cultura adecuada, un monstruo ilógico, una amalgama de conceptos rebeldes a la fecundación de la viva luz. El peligro de algunas divulgaciones intempestivas se presenta pues temible. Por ella, la Masonería, en todos los tiempos, fue considerada como una empresa de la muerte, como una asamblea de destructores o de hombres corruptos. No obstante, lo contrario es que es verdadero, porque ella se esfuerza, en su tradición auténtica, por guiar los individuos y a la humanidad entera hacia las altas esferas de la Sabiduría y de la Espiritualidad. De ahí la necesidad moral absoluta de ocultar a la multitud

los símbolos y las ideas masónicas inaccesibles a la inteligencia, no solamente para evitar de ellas la profanación, sino aún para evitar la transformación de una herramienta de vida en arma de muerte, de la luz en tinieblas, de la verdad en error. "Santa sanctis" dice la Escritura; es preciso reservar los misterios a los místicos, intentando hacer crecer el número de éstos para elevar progresivamente todas las elites a la altura de la ciencia sagrada. La Masonería no fue adornada en vano con el nombre de ciencia real, ella lo es por esencia y, como tal, es la propiedad característica de las inteligencias sutiles fijadas sobre una voluntad de bronce y consolidadas por un gran corazón. Jamás la multitud, en el estado actual de evolución humana podrá asimilar los arcanos, los "infalibles" de nuestra institución, ellos constituirán, para ella, un filtro de locura, un sol muy luminoso para un ojo habituado a la penumbra de la confusión de los prejuicios.

Retornemos ahora sobre nuestros pasos y veamos como es preciso organizar el silencio prescrito por la ley masónica. Callarse delante de extraños, velarle el pensamiento si lo juzgamos indigno o indiferente, parece cosa relativamente fácil. El juramento del silencio a pesar de las violaciones repetidas puede, de resto, ser en ese caso, un obstáculo suficiente a toda indiscreción. Más hay circunstancias en que la dificultad es mejor. Todos tenemos una familia, amigos queridos, camaradas a los cuales nosotros concedemos nuestra confianza, el amor o la amistad, la simpatía pueden incitarnos a revelaciones tal vez peligrosas para la tranquilidad de nuestro prójimo y sobre todo perjudiciales, en razón de la incomprensión que nuestras palabras puedan encontrar, de un lado para nuestras amigos, del otro los Hermanos a los cuales nosotros estamos ligados por un juramento solemne; aquí está porque la ley del silencio exterior es absoluta, el Masón debe saberse callar, debe respetar su juramento sin ninguna debilidad. El debe callarse, cuando no está en el Templo o en presencia de sus iguales. Destacad bien estas palabras "Nosotros decimos, sus iguales y no sus Hermanos". Todos los masones, en efecto, son Hermanos, entre ellos la solidaridad, la fraternidad y el amor se manifiestan sin distinción de edad, ellos forman una cadena de unión, única e indisoluble, del más joven al más anciano, pero ellos no son todos iguales sobre el plano de la verdad, ellos no la ven todos bajo el mismo ángulo, ellos no están igualmente aptos a comprender un trabajo determinado en la Gran Obra de los constructores.

También, como sería inoportuno e igual de peligroso confiar la escultura de un capitel a un aprendiz solamente habituado a desbastar un bloque, es preciso evitar divulgarle prematuramente los secretos de las logias superiores y las verdades a las cuales ellos sirven de velos, su ciencia rudimentaria no le permitiría asimilarlos enteramente. El no sabría utilizarlos según la norma, y delante de la inutilidad de sus esfuerzos para comprender y actuar, el desánimo y el disgusto invadirían su espíritu. El Masón no habla sino delante de sus iguales, delante de los obreros capaces de realizar su propio trabajo. Es de resto la razón por la cual la masonería es una institución progresiva; a sus adeptos ella da la verdad por etapas y no de una sola vez. Estos son los argumentos que consolidan la ley del silencio, en el exterior y en el interior de la institución. Esta es la manera de comprenderla y de practicarla, pero la cuestión es mas vasta todavía, esos son los prefacios de hecho superficiales, es la letra de la obligación. Nos resta en efecto examinar la organización del silencio en el seno mismo de la conciencia de un Masón. Nosotros decíamos hace poco, la verdad no está situada en las palabras con las cuales nosotros cercamos nuestros conceptos y nuestras ideas, ella reside en la esencia de las cosas y de los seres. El silencio únicamente puede permitirnos oír la voz sutil de las esencias.

¿Cómo pues realizar en nosotros la ley del silencio y penetrar en el espíritu de nuestro juramento? Examinemos la historia de los sabios y de los filósofos.

Pitágoras, antes de crear su escuela Crotona, pasa años en silencio absoluto. Volviéndose jefe de la escuela, él impone el silencio a sus alumnos. Ellos eran en el origen "AKOUSTIKOI", los oyentes; ellos deberían escuchar y callarse, ellos no cuestionaban jamás, ellos seguían las lecciones del maestro y meditaban sobre ellas en el secreto de su inteligencia.

La vida oculta de Cristo sobre los treinta años, durante los cuales la historia no revela ningún hecho, gesto o palabra susceptibles de ponernos sobre la pista de su formación intelectual y espiritual. Antes de lanzarse en la vida pública, él se retira durante cuarenta días en el desierto, a fin de concentrar su pensamiento y de madurarlo en el silencio absoluto de las soledades transjordánicas. Por esta misma época, Apolonio de Tiana se prohibía a si mismo cualquier palabra durante cinco años consecutivos, él tenía veinte años apenas. Esos maestros comprendieron el valor y la virtud casi sobrenatural del silencio físico. Inteligencias geniales, ellos sobrepasaban la multitud como los árboles centenarios aniquilan la modesta leña de la vegetación. Ved porque podemos verlos y desde luego imitarlos. De sus ejemplos sacamos ese primer principio:

"El Masón habla en el momento oportuno y vigila sus palabras, él anuncia solamente su pensamiento esencial". Todo el resto es palabra vana, ruido sin consistencia, la repetición de un loro al cual se ejercitan con tanto éxito los tribunales de nuestras asambleas políticas, o de nuestros cenáculos literarios.

Ved como es preciso comprender el reglamentar el silencio físico, cualidad primordial del Masón, Hay muchos oradores y no suficientes pensadores por el mundo, muchos ideólogos y no suficientes realizadores, porque el hombre entregado a su naturaleza animal se exterioriza constantemente por las palabras y por los gestos vanos en lugar de encerrarse en el silencio y en la meditación, única fuente de grandes pensamientos y de grandes acciones. Pero eso no es todo, es preciso aún organizar en si mismo el silencio psíquico, el silencio del alma. Es preciso imponer a la precipitación de los instintos y de las pasiones el control de la razón y de la voluntad, obligarlos a expresarse únicamente en las circunstancias donde sofocarlas sería un error manifiesto, y una causa de desperdicio de fuerzas vitales, un empobrecimiento injustificado del instinto de conservación. Es preciso pues aquí, como si se tratase de las palabras, vigilar los instintos y las pasiones, discernir sus movimientos y no dar el libre curso sino a las únicas manifestaciones compatibles con las leyes naturales de la evolución humana. Esta restricción, ese silencio psíquico es la propia base de la virtud de la Temperancia, opuesta al brutal ímpetu de todas las incontingencias animales.

Sobre este intervalo de organización del silencio, el Masón, ya, se revela ampliamente instrumentalizado, para la lucha contra la facilidad profana. Nosotros podemos percibir en fin toda la amplitud del ascenso posterior a considerar para alcanzar la perfección relativa de la conciencia. Es preciso en efecto, en una última etapa realizar el silencio interior, el silencio del espíritu, para entender mejor la palabra de las cosas y el Verbo de Dios.

Esta operación, difícil entre todos, reclama un largo hábito, ella se auxilia de dos actitudes diferentes: eliminación y purificación.

Como la ley del silencio nos impelía, hace poco, a vigilar nuestras palabras ociosas y el desbordamiento pasional, ella nos invita ahora a vigilar nuestros pensamientos, a eliminar las disonancias capaces de oscurecer lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno, en el campo de nuestra conciencia. Después no contenta con esta operación negativa, es preciso pasar a la actitud positiva porque la purificación es la afinación del pensamiento. Ahora, esta afinación se opera por el contacto de nuestro espíritu con la esencia de las cosas. El silencio es el crisol en el cual nuestra razón y nuestra voluntad son sometidas al fuego vivo de la naturaleza y de su sublime emanador. Por ese fuego nos suscitamos en nuestros pensamientos de justicia, de misericordia y de caridad, pensamientos susceptibles de conducirnos hasta los confines del mundo espiritual. En fin, de esas actitudes diversas, es preciso, como último esfuerzo, realizar una síntesis y obtener el silencio de todo nuestro ser personal. Nuestras pasiones y nuestros instintos reducidos al estado de instrumentos dóciles serán utilizados en vista del bien individual y del bien general. Nosotros llegaremos, así, progresivamente, a canalizar todos nuestros sentimientos, todas nuestras nociones, conceptos e ideas en la vía de la serenidad. Nuestra vida parecerá entonces como una vibración sincronizada en la armonía universal del cosmos, y esto por la Virtud de la Ley del Silencio, alegremente aceptada y respetada, dolorosamente es verdad, pero sin desfallecimiento.

Y así nosotros nos instalaremos definitivamente en ese último estado, conclusión obligatoria de toda verdadera Masonería: "La Iluminación".